

Vita Sackville-West

LOS EDUARDIANOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

VITA SACKVILLE-WEST
LOS EDUARDIANOS

Traducción de María Luisa Balseiro

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Edwardians*

1.ª edición: junio de 2018

© 1983 by Vita Sackville-West

© de la traducción: María Luisa Balseiro Fernández-Campoamor, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-547-3

Depósito legal: B. 10.350-2018

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

I. Chevron	11
II. Anquetil	47
III. Sylvia	89
IV. Sylvia	137
V. Teresa	177
VI. Teresa	223
VII. Anquetil	271

Entre los muchos quebraderos de cabeza del novelista no es el menor el de escoger el momento en que ha de comenzar su novela. Es necesario, es de hecho inevitable, que entrecruce las vidas de sus *dramatis personae* a una hora determinada; lo que hay que decidir es qué hora sea ésa, y en qué situación deberán ser descubiertos. La misma razón hay para que aparezcan tendidos en un moisés —donde se les acaba de depositar por vez primera— como para que el lector los conozca en su desalentada madurez, recién sacados de un canal. La vida, considerada de este modo desde el punto de vista del novelista, es una larga extensión llena de variedad, en la que cada hora y cada circunstancia poseen su mérito particular, y podrían servir de adecuado trampolín para iniciar un relato. La vida, además, según seguimos considerándola desde el punto de vista del novelista, aunque variada, se aparece continua; no hay más que un comienzo y no hay más que un final, no hay comienzos ni finales intermedios, como los que el pobre novelista ha de imponer arbitrariamente; lo cual quizá explique por qué tantas novelas, esquivando el desagradable recordatorio de la muerte, acaban en el matrimonio, como única ruptura admisible y efectiva de la continuidad. Esto en cuanto al final; pero el poner en marcha al protagonista en el mo-

mento de su nacimiento encierra inconvenientes obvios. De una parte, está ya rodeado de personas adultas, que en razón de su tierna y muda edad deben desempeñar algún papel en la novela, o cuando menos en los primeros capítulos, y cuyas vidas están ya de tal manera complicadas que no hay para ellas comienzo real si se las mete así, tal cual, en el relato. De otra parte..., pero basta lo dicho. Ya queda suficientemente claro que la elección es arbitraria, y no hacen falta más justificaciones para explicar que irrumpamos en la vida de nuestro héroe (pues así habrá que llamarle, me figuro) a la edad de diecinueve años, y le encontremos encima del tejado poco después del mediodía de un domingo, 23 de julio de 1905.

Se había subido al tejado no sólo porque ese ejercicio fuera de años atrás su entretenimiento favorito, sino porque en aquel momento era para él la única forma cierta de escapar. Había que escapar; si no, su madre esperaba que hiciera de anfitrión, lo que significaba que los hombres bromearan a su costa y que las mujeres le revolvieran el pelo. Ya a aquella temprana edad le gustaba llevar el pelo bien peinado y abrillantado. Ya a aquella temprana edad le molestaba cualquier intrusión, por simpática que fuese, en su intimidad. Así que escapó; atravesando la opulenta confusión de escaleras y salones, corrió al último piso; y, al llegar por fin a los desvanes, salió por una puertecilla que daba al emplomado. Con ágiles pies —calzaba zapatos de deporte— remontó la pendiente de un tejado y se sentó a horcajadas en el caballete; se abrió la camisa, se abanicó el rostro acalorado y tomó aire a bocanadas. El entorno componía a su alrededor un marco muy propio. Una nube de palomas blancas volaba en círculos sobre él, en el cielo

azul. Le rodeaban acres de tejados pardorrojizos, con pétreas figuras de animales heráldicos en cada esquina de los aguilones. Al otro lado del gran patio, desde una torre, ondeaba lánguida la bandera roja y azul. En el jardín, diseminados sobre el verde brillante del césped, veía a los invitados de su madre, unos sentados bajo los árboles, otros paseándose; oía sus risas y los golpecillos de las mazas de croquet. En torno al jardín se extendía el parque; había un rebaño de ciervos meneando sus breves colas a la sombra de las hayas. Todo esto lo veía desde la despejada altura del tejado. Justamente a sus pies —y muy abajo, según parecía— había un patinillo interior, pavimentado, con un laurel inmenso que crecía pegado al muro gris; y al asomarse, no sin un ligero vértigo, vio salir una comitiva por una puerta y cruzar hasta la puerta de enfrente. Se sonrió de oreja a oreja. Bien sabía él lo que quería decir aquella comitiva. Quería decir que, en un momento dado del almuerzo de la servidumbre, el tropel de criadas había abandonado sus asientos en el comedor del servicio y, portando los platos de budín sobre la cabeza, se retiraba a su gabinete particular para completar allí la colación. Salió, pues, la comitiva, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, en fila india, todas con vestidos estampados y delantales blancos, portando sus platos, cada plato con una ración de budín y una cuchara atravesada, como cumpliendo el rito de un antiguo y jerárquico protocolo.

Tenía que ser, por lo tanto, la una menos cuarto. La servidumbre empezaba a almorzar a las doce y media, y la puntualidad de aquella casa era tan exacta como el propio sol. Sebastian se sonrió; luego dio un suspiro. Porque la proximidad del almuerzo significaba que tenía que abandonar el tejado y su elevada libertad, con la vista topográfica que le brindaba de casa, jardín y parque, y bajar a su-

mergirse una vez más en el batallón de los invitados de su madre. Los fines de semana eran siempre así, durante todo el verano, aunque él, Sebastian, que estudiaba en Oxford, los sufría únicamente en vacaciones. El caso de su hermana era distinto; estaba siempre en casa, y en aquellos momentos probablemente le estarían rizando y ensortijando el pelo, hasta dejarla, como decía su hermano, casi imposibilitada de cerrar la boca. El lunes y el martes —a no ser que lloviera— tendría todavía el pelo rizado; para el miércoles lo tendría lacio otra vez.

Pero, aunque subir fuera fácil, bajar no lo era tanto, según descubrió Sebastian, y según seguiría descubriendo en el transcurso de la vida. Pasó un rato suspendido, en peligrosa vacilación, sobre el hueco del patinillo. No se decidía a saltar. ¿Y si resbalaba? ¿Y si se precipitaba entre las almenas y se estampaba allá abajo? El aire era agradable, al calor del sol; y el suelo era agradable, cuando se tenían los pies en él; pero ahora Sebastian pendía en una posición falsa entre los dos; un movimiento tentativo hizo que una teja se saliera de su sitio. Resbaló con un único repiqueteo cauteloso. Los leopardos heráldicos le contemplaban sarcásticos, asiendo sus escudos. Más arriba, el reloj dio de pronto la una, y el sonido reverberó por todos los tejados, y volvió a descansar en la torre del reloj, tras su viaje de aviso en aquella solitaria puntuación del tiempo. Las palomas se alzaron en bandada, para en seguida acomodarse otra vez en los aguilonos y reanudar allí sus galanteos. No había más remedio que saltar. Sebastian saltó.

Llegó al almuerzo con retraso, y su madre le dirigió una mirada de desaprobación mientras él ocupaba su sitio en una de las mesitas. Su madre estaba contrariada, pero ido-

latraba a su hijo, y no podía negar que le encontraba muy apuesto. Era una apostura que no dejaba de sorprenderla cada vez que le veía entrar. Era tan esbelto, tan moreno, tan aceitunado. Tan atractivo. Potini, aquel italiano astuto, agradable y sensual, había dado en el clavo aquella vez que le dijo en voz baja que Sebastian poseía todo el encanto de la adolescencia patricia. ¡Adolescencia patricia! Sí, pensó su madre, a la que nunca se le habría ocurrido esa expresión; sí, ése es Sebastian. Podía llegar a almorzar con media hora de retraso, y aun así se le perdonaba.

Había treinta comensales; pero dos sitios permanecían vacíos; eran los destinados a dos personas que debían venir de Londres en automóvil y que, naturalmente, no habían llegado aún. La duquesa no esperaba nunca por los automovilistas. Allá ellos. Y aquel día, por ser domingo, no podrían mandar el telegrama de costumbre anunciando la avería.

La conversación cesó por un instante con la entrada de Sebastian, y sonaron un par de risas. Eran de buen humor; no malévolas. El almuerzo se servía en la sala de banquetes, en mesitas de cuatro y de seis; la solemnidad de una mesa larga se reservaba para la cena. La sala era grande y alta de techo, embaldosada; las ventanas lucían vidrieras con escudos de armas, y los leopardos heráldicos se recortaban rampantes, en madera tallada y pintada, sobre el empanelado; astas de ciervo ornaban las paredes, frente a los Van Dycks de cuerpo entero; a un lado y otro de la puerta, en sendas cubas de oro, se alzaban dos bacanales viñas enanas, que sin embargo daban racimos de uvas de tamaño natural; eran una famosa especialidad de Chevron. Sebastian se encontró sentado a la mesa con sir Harry Tremaine, lady Roehampton y la anciana duquesa de Hull. Lady Roehampton le gustaba, y su presencia le turbaba débilmente; con

su ancho sombrero de paja de Italia, guarnecido de rosas y cintas de terciopelo azul, y un fichú de muselina como el de María Antonieta, parecía exactamente el retrato que le había hecho Sargent, que causó sensación en la academia de ese año, y no costaba trabajo creer que el vulgo la tuviese por beldad profesional. A la anciana duquesa de Hull no la aguantaba Sebastian. Iba siempre muy maquillada pero mal, con un triángulo de rojo en cada mejilla, y, como su sentido de la dirección ya no era muy certero, a fuerza de errar el tiro con el tenedor se iba quitando el esmalte de la cara alrededor de la boca y dejando al descubierto la piel vieja y amarilla. Pero la lengua la conservaba tan afilada y ocurrente como siempre, y además era una extraordinaria jugadora de *bridge*. No había anfitriona que pudiera prescindir de ella en las reuniones. «¿Qué pasa, jovencito?», ladró dirigiéndose a Sebastian; pero lady Roehampton murmuró: «¿Qué pasa, Sebastian?», y le sonrió como si supiera exactamente lo que había estado haciendo.

Lady Roehampton, aunque nadie al verla lo habría imaginado, tenía una hija casadera.

Y ahora había que soportar el resto del día de alguna manera; pero los miembros de la reunión, aunque sin duda malacostumbrados por los empachos de entretenimiento que la vida les había ofrecido siempre, no mostraban ninguna disposición a aburrirse los unos con la familiar compañía de los otros, ni ninguna inclinación a variar el programa que seguramente venían siguiendo en innumerables tardes de domingo desde que salieran de la angostura de la escuela o del cuarto de estudio para ocupar su lugar en un mundo en el que el placer caía como un melocotón maduro con sólo extender la mano. Leonard Anquetil, contemplándolos

desde fuera, se maravillaba de verlos complacidos con tan poco. He aquí una veintena o más de personas, pensaba, que por su posición están acostumbradas a tratar de cerca con príncipes, políticos, financieros, hombres de genio, beldades y otros forjadores de la historia, y que sin embargo parecen contentarse con chácharas deshilvanadas y ocupaciones fingidas para pasar las largas horas de un día de ocio. No cabía tampoco engañarse pensando que otros días se divirtieran de modo distinto, ni que el fin de semana les deparase un reposo merecido de otra vida más plena y ardorosa. Todos sus días eran iguales; venían siendo iguales desde una eternidad; no sólo para ellos, pensaba Anquetil, sino para una larga y decreciente sucesión de antepasados. Cielos, pensó Anquetil, despertando a una verdad que hasta entonces no se le había ocurrido, la alta sociedad ha existido siempre. ¡Extraña trapisonda, que otorga preeminencia a ciertos personajes, de suerte que su aspecto le resulta conocido a la mujer del empleado de banca, y sus actividades son motivo de envidia para la hija del droguero de South Kensington! ¡De cuánta aureola se rodea el tinglado, la insolente impostura! ¿Y en qué fundamenta sus pretensiones? Porque Anquetil, por más que lo intentase, no veía que aquellas gentes fueran notables en ningún aspecto, ni que su conversación fuera digna de suscitar el interés de un hombre serio. Escuchaba atentamente, tabulando sus temas. Les interesaban más, observó, los hechos que las ideas. Buena parte de su conversación parecía consistir en preguntarse unos a otros qué les había parecido tal o cual diversión, y si pensaban ir a tal o cual otra. «¿Cómo fue la reunión en casa de Miriam, Lucy? ¿Incómoda, como de costumbre?» «No», decía Lucy, «la reunión estuvo bien, por una vez, pero desde luego la pobre Miriam no sabrá nunca ser buena anfitriona.» «Un salón no se hace sólo con millones.»

«¿Vas a comer en casa de Celia mañana, Lucy?» «Sí; ¿tú también? Qué divertido. ¿Y sabes quién más va?» «Tommy, tú vas a ir, ¿no? Qué divino. Así podremos reírnos todos de Celia desde una esquina. Y, vamos a ver, mañana por la noche es lo de Stafford House, ¿no? Son divinas las fiestas de Stafford House. Millie, que parece una diosa, con una cola dorada hasta mitad de la escalera. ¡Qué encanto tiene esa mujer! Estará todo el mundo.» «Pues a Violet no le deberían dejar que dé fiestas. Debería prohibirlo el Parlamento. Lo del viernes fue espantoso.» «¡Espantoso! *¡Horribilino!* Y la comida, una porquería.» «¿Y dónde os vais a alojar en Ascot?»... Anquetil estuvo a punto de ponerse en pie y marcharse, pero estaba fascinado y divertido. Las fiestas de aquella gente, pensó, eran como fumar sin parar, encendiendo cada cigarrillo con la esperanza de que guste más que el anterior. Aparte de esto, las inversiones ocupaban mucho espacio en su charla, y las rentas ajenas, y las ventajas de distintos títulos y acciones; como también la astucia financiera de Romola Cheyne, una dama a la que Anquetil no conocía sino de oídas, pero que salía continuamente en la conversación; Romola Cheyne, al parecer, había hecho el gran negocio en cauchos la semana anterior: pero este tema se acompañó de algunos sarcasmos velados, porque ¿cómo iba a equivocarse Romola, se preguntó, teniendo las fuentes de información que tenía? Romola, encantadora: qué mujer tan inteligente. Y nunca maliciosa, dijo alguien. No, dijo otro; demasiado inteligente para ser maliciosa. Después pasaron a otras reuniones de fin de semana, y Anquetil se enteró de que la pobre Constance se había tirado la plancha de su vida al invitar juntas a Sophie y Verena; pero de quiénes eran Sophie y Verena, ni de por qué no se las podía invitar juntas, de eso no se enteró. Y la niña de Constance, ¿no se iba a casar con el hijo de Ambermere?

Tonta sería si le rechazaba, porque a la muerte de Ambermere el chico tendría treinta mil libras al año; otra vez rentas, pensó Anquetil, que casualmente conocía al hijo de Ambermere y una vez había tenido el gusto de decirle exactamente lo que pensaba de él. Le dio lástima la niña de Constance. Luego, por un ratito, les pareció conveniente jugar a ponerse serios. Revoloteó la política sobre la conversación, y aquellas damas y aquellos caballeros hablaron con sencilla familiaridad de propietarios, un poco como si la política fueran unos niños que ellos confiaban al cuidado de niñeras y preceptores, acordándose de su existencia de cuando en cuando, principalmente para quejarse de la ineficiencia con que niñeras y preceptores desempeñaban sus cometidos; pero, aunque cuidaban de dar la impresión de estar al tanto, como padres que suben a la *nursery* una vez al día, su conocimiento seguía siendo extrañamente remoto, y no más convincente que un hábil farol. Se fundamentaba, según descubrió Anquetil, en el contacto personal con políticos: «Henry me contó la semana pasada que...», o «Cenaba yo con A.J.B., y dijo que...»; pero el deseo primordial de cada cual era demostrar que su información era mejor que la de los demás. Con que esto es el gran mundo, pensó Anquetil; el mundo de la élite; y empezó a preguntarse qué cualidades darían acceso a él, pues ya había observado que la selección no parecía responder a ningún principio definido. No era que la cuestión le interesara mucho, pero su estudio bien podía servir de distracción para una tarde de domingo bajo los árboles de Chevron, escuchando una cháchara en la que no podía tomar parte. La organización le intrigaba, porque hasta el momento no había podido descubrir ningún factor común a toda aquella gente; ni la alta cuna, ni la riqueza, ni la inteligencia parecían ser esenciales —como Anquetil había creído ingenuamen-

te—, pues sir Adam era fabulosamente rico, pero Tommy Brand era correspondientemente pobre; y la duquesa de Hull era duquesa, pero la señora Levison no era nadie, ni por su familia ni por su matrimonio; y lord Robert Gore era un joven listo y ambicioso, pero sir Harry Tremaine era sin duda un necio. Cada uno de ellos, sin embargo, ocupaba su puesto con el mismo aplomo y con el mismo derecho. Anquetil sabía que ellos y sus amigos formaban una falange de la que los intrusos estaban rigurosamente excluidos; pero por qué unos podían entrar en ella y otros no, eso se le escapaba. Algunas de aquellas mujeres eran duras de gesto, y tan carentes de encanto como de ingenio; su única virtud era una parlanchina familiaridad con los temas que salían a colación y una manera de expresarse como si lo que decían fuera la última palabra. Si esto es la alta sociedad, pensó Anquetil, Dios nos tenga de su mano; porque seguramente nunca se ha visto estafa igual. Esta es la gente, o una muestra de la gente, que ordena la temporada londinense, que da gloria a Ascot, que hace o deshace las fortunas de los pequeños balnearios del continente, que inspira envidia, emulación y esnobismo; bueno, pensó Anquetil encogiéndose de hombros, gasta dinero, y es lo mejor que se puede decir de ella. Recostado en su tumbona de mimbre, veía a algunos pasearse por el césped, y los veía desde tan abajo que la verde hierba parecía alzarse tras ellos, como un telón verde tendido en una pared, sirviendo de fondo al movimiento de las cupulitas de las sombrillas, y a los elegantes talles, recortados como relojes de arena sobre la expansión de la falda.

Abajo, en el oficio, el mayordomo ofreció su brazo gravemente a la doncella de la duquesa de Hull, y la condujo

a su sitio, a la derecha del suyo. El ayuda de cámara de lord Roehampton hizo lo propio con el ama de llaves, la señora Wickenden. Huelga decir que la señora Wickenden no estaba casada; sólo por cortesía se le daba ese tratamiento. El orden de precedencia se observaba con toda escrupulosidad, porque las doncellas y los ayudas de cámara visitantes tenían la misma jerarquía que sus señores; en caso de coincidencia de rangos era preciso considerar la antigüedad del título, y a tal efecto había siempre un ejemplar del Debrett* en el cuarto del ama de llaves: el Debrett del año pasado, del que la señora Wickenden tomaba posesión tan pronto como llegaba el nuevo al *boudoir* de la señora duquesa. Las doncellas y los ayudas de cámara no ostentaban solamente el grado de precedencia de sus amos, sino también sus nombres. Por lo tanto, aunque la doncella de la duquesa de Hull había pernoctado muchas veces en Chevron, y era incluso muy amiga de la señora Wickenden, que la invitaba a sesiones privadas en su cuarto, donde las dos viejas cotillas tomaban juntas el té, nunca se la llamó de otra manera que «señorita Hull», y ninguno de sus colegas del oficio habría reconocido nunca tener conocimiento de cuál pudiera ser su nombre real. Es dudoso que ni la propia señora Wickenden lo hubiera empleado jamás. La señora Wickenden y Vigeon, el mayordomo, entre quienes existía una alianza ligeramente hostil, se enorgullecían de que en el oficio de Chevron no se hubiera cometido jamás un error, y por consiguiente no hubieran surgido disputas, como se sabía que había ocurrido, lamentablemente, en otras casas. La servidumbre de Chevron estaba, en efecto, admirablemente organizada. Por ejemplo, al criado que llevase en Chevron menos de diez años se le miraba como advenedi-

* El registro anual de la alta nobleza inglesa. (*N. de la T.*)

zo; cuando cumplía diez años de servicio, comparecía ante la señora duquesa y recibía un reloj grabado por detrás con su nombre y la fecha; la señora duquesa le dirigía unas palabras de aliento, y a partir de entonces se le aceptaba como miembro de la casa. Salvo en esa ocasión, breve e intimidante, la servidumbre inferior rara vez se rozaba con la señora duquesa. Era dudoso que todos los criados la conocieran de vista, y absolutamente cierto que ella desconocía a muchos. Sobre esto se contaban varias anécdotas; una era que la señora, al encontrarse un día con la quinta doncella al pie de la escalera, le había preguntado si lady Viola estaba en su habitación, y se había quedado absolutamente chafada por esta respuesta: «Voy a ver, señora; ¿a quién debo anunciar?». Y hubo también aquel horrible incidente de un domingo por la mañana, en que la señora duquesa, paseando por el parque a hora más temprana de lo que en ella era habitual, presenció la partida hacia la iglesia de la comitiva vestida y tocada de negro, y en uno de los sombreros divisó el adorno coquetón de una rosa blanca. La rosa blanca subía y bajaba sobre la hierba. Era una florecilla alegre, pese a la pureza de su color, y para los ojos escandalizados de la duquesa representaba una insubordinación. La señora Wickenden, llamada a capítulo a su vuelta de la iglesia, se mostró igualmente escandalizada. A guisa de explicación de todo el asunto hizo una alusión desaprobatoria a «estas chicas de Londres», y la culpable salió de Chevron en el tren de la tarde.

Era raro, sin embargo, que un total desconocido se colocase en Chevron. Reinaba el nepotismo como sistema. La señora Wickenden, por ejemplo, era hermana de Wicken-den, el carpintero mayor; antes fue carpintero mayor su padre, y antes su abuelo; varias doncellas eran sobrinas de la señora Wickenden, y el tercer lacayo era sobrino de Vigeon.

Era lo natural que familias enteras, de generación en generación, encontraran empleo en la hacienda. A los de fuera se los miraba con recelo y desdén. Por este procedimiento se creaba una red y se aseguraba una oferta continuada de jóvenes aspirantes. Sus salarios podían oscilar entre doce y veinticuatro libras al año. Hay que decir en justicia que el servicio que todos y cada uno de ellos prestaban a Chevron era esforzado y hasta apasionado. Consideraban la mansión como casa en cierto grado suya; su amor propio estaba ligado a ella, y su vida estaba completa entre sus paredes. Wickenden sabía más cosas del edificio que el propio Sebastian, y de la señora Wickenden se sabía que en una ocasión había corregido a su señora —con la mayor delicadeza y respeto— sobre un detalle histórico. Cualesquiera disputas pudieran brotar entre ellos —y, lógicamente, la servidumbre estaba dividida en facciones— se archivaban al instante frente a una cuestión que tocara a los intereses de Chevron. Se archivaban, quizá, tan sólo para resurgir después con animosidad acrecentada, pero siempre decorosa. Una pelea vulgar era algo desconocido, y de hecho sólo entre la servidumbre superior existían celos o fricciones. De gentecillas como las doncellas auxiliares y ayudantes de cocina no se esperaba que tuvieran sentimientos; únicamente que hicieran lo que se les mandaba. Se observaba la más severa disciplina. Pero se sabía que de vez en cuando la señora Wickenden chocaba con el señor Vigeon; y cuando eso ocurría, aunque fuera en la más decorosa intimidad, la repercusión se dejaba sentir en toda la casa, la chusma correteaba por vestíbulos y pasillos atendiendo a sus tareas con mayor diligencia, y quizá más de una lágrima se enjugaba furtivamente de resultas de una regañina inmerecida.

Pero cuando el oficio se llenaba de invitados, y la mesa se ampliaba por adición de varios tableros, entonces no

se dejaban traslucir indicios de cisma alguno. La señora Wickenden y el señor Vigeon, presidiendo a uno y otro extremo de la mesa, aparecían como modelos de su profesión. Se trataban mutuamente con grandísima ceremonia; un extranjero que los viera, ignorante de las costumbres del servicio inglés de gran clase, se habría resistido a creer que llevaran veinticinco años viviendo en la misma casa. La señora Wickenden era menuda, tiesa y pajaril; se movía con energía. En tiempo frío llevaba un chal negro bien ceñido sobre los hombros; sus pasos eran rápidos y precisos; tenía la nariz afilada, y ademanes levemente contrariados, lastimeros incluso. Vigeon, en cambio, a pesar de ser la corrección en persona en el desempeño de su trabajo, tendía a bromista en la vida privada. Esto no lo sabía la duquesa, pero Sebastian y Viola sí. De niños habían tenido, lógicamente, un trato familiar con los criados, sobre todo cuando su madre no estaba en casa, y Sebastian había contado entre los lujos de su infancia con un juego particular con Vigeon. No siempre estaba Vigeon dispuesto a jugar —«No, ahora no me puedo entretener», decía—, pero a veces condescendía, y tomando en brazos a Sebastian le alzaba hasta un cuadro que había en la despensa. Sebastian, vestido de marinero, chillaba y se retorció de emoción. El cuadro era un bodegón de uvas y limones junto a una fuente de ostras. Vigeon daba unos pases de prestidigitador por delante del cuadro, y al fin hacía ademán de coger una uva del lienzo; y, ¡oh, maravilla!, entre sus dedos aparecía una uva de verdad, que con un último aspaviento triunfal metía en la boca de Sebastian. «¡Saca una ostra, Vigeon!», chillaba Sebastian, «¡saca una ostra!»; pero sólo en una ocasión, inolvidable, la había sacado Vigeon.

Ahora había uvas en la mesa del oficio, porque la señora Wickenden controlaba «la fruta» desde su guarida de

detrás de la antecocina, y nadie se molestaba en calcular el número exacto de racimos que se pedían del huerto cada día. Todo formaba parte del sistema de suntuoso y despreocupado derroche que imperaba en la casa. Todos, de Sebastian abajo, obtenían exactamente lo que querían; no tenían más que pedirlo, y la petición quedaba satisfecha como por arte de magia. La mansión era, en realidad, tan autónoma como un pueblecito: el taller de carpintería, el de pintura, la forja, la serrería, los invernaderos, estaban para suministrar lo que pudiera hacer falta en un santiamén. Así que en el oficio, lo mismo que en el comedor y en el cuarto de estudio, no faltaban nunca la fruta ni las golosinas. Menos aún cuando las deidades domésticas de Chevron tenían que hacer los honores a doncellas y ayudas de cámara visitantes, porque había que cultivar la ostentación, y sólo a base de lujo y despilfarro se podía mantener el prestigio de Chevron, a juicio de Vigeon y la señora Wickenden. No iban a permitir que la señorita Hull y el señor Roehampton se fueran el lunes por la mañana para contar al siguiente fin de semana que en Chevron no se estaba a la altura.

La madre de Sebastian llamó a la puerta de lady Roehampton una hora antes de la cena. No recordaba exactamente qué habitación se le había asignado a lady Roehampton, pues había transcurrido por lo menos una semana desde que fijara esos detalles con la señorita Wace; pero sabía que la encontraría en una de las mejores, y de todos modos el nombre de cada invitado figuraba en la puerta de su alcaoba, bien escrito en una tarjeta inserta en un marquito de latón. Este asunto de la disposición de los dormitorios era siempre materia de hondas cavilaciones para la duquesa,

como para toda anfitriona de su clase. Era muy necesario hacerlo con tacto, y al mismo tiempo con discreción. El Lotario profesional se enfurecería si se encontrara en una habitación rodeada de señoras acompañadas de sus maridos. Se sabía que Tommy Brand, viéndose una vez en semejante situación, había abandonado la casa el domingo por la mañana. ¡Gracias sean dadas, pensaba la duquesa, porque no fue en Chevron! Romola Cheyne, que siempre tenía la frase esclarecedora y conveniente para retratar a cada persona, decía que el lema de Tommy era *Chacun à sa chambre*. También había que considerar a los amantes reconocidos; a la propia duquesa le habría molestado mucho verse invitada a una misma reunión con Harry Tremain y descubrir que la habían colocado al otro extremo de la casa. (Pero ya se estaba cansando de Harry Tremain.) Estaba entre las obligaciones de una buena anfitriona el ocuparse de esas cosas; hacer que fueran fáciles, aunque no demasiado obvias. Por eso ella siempre atendía cuidadosamente al reparto de las habitaciones con la señorita Wace, y a veces se preguntaba si a aquella virgen íntegra y virtuosa no le sorprendería la reiteración de ciertos ajustes y coincidencias. Sabía que podía confiar en que Wace cumpliera sus instrucciones; aun así, mientras buscaba la habitación de lady Roehampton, hizo un repaso crítico de los letreritos. Wacey había hecho bien su trabajo. Lord Robert Gore estaba en el Cuarto de la Seda Roja; Julia Levison, cruzando el pasillo. Como debía ser. Julia Levison era íntima amiga de la duquesa; su amistad, de hecho, era en gran parte la razón de que se la admitiera en sociedad. El Cuarto del Arzobispo, el Cuarto de la Reina, el Cuarto de los Tapices, el Cuarto Norte Pequeño, el Cuarto de Jorge III, el Vestidor de Jorge III, por todos fue pasando; todos ostentaban nombres que no eran el que quería. Esos nom-

bres estarían repetidos en tarjetas colgadas junto al cuadro de campanillas que había a la entrada de la despensa, para información de las doncellas y los ayudas de cámara visitantes: Cuarto de los Tapices: señora duquesa de Hull; Cuarto de las Reinas: S.E. el embajador de Italia; así aparecerían en el indicador de la despensa. Cuarto Norte Pequeño —una habitación modesta, de soltero—, señor Leonard Anquetil; pero Anquetil, reflexionó la duquesa, no tendría ayuda de cámara; tendría que servirle un lacayo de Chevron. Anquetil era la celebridad del momento; era un explorador, y había pasado todo un invierno aislado allá por el Polo Sur en un iglú, con cuatro compañeros, uno de los cuales se había vuelto loco; pero, no se sabía por qué, costaba trabajo hacerle hablar de sus experiencias; una pena, porque habían salido en todos los periódicos; claro que quizá las penalidades polares, en conjunto, fueran un aburrimiento; y, ya que en las fiestas había que tener siempre a la celebridad del día, quizá fuera una suerte que no aburriera con sus historias. Así fue pasando por delante de las habitaciones, y encontró a lady Roehampton en el Cuarto Chino.

—¡Cómo me alegro de verte a solas un momento, Sylvia! —La doncella, experta, se retiró. La beldad de profesión paseaba ociosamente por el cuarto, envuelta en satén gris ribeteado de plumón de cisne—. Qué atractiva estás, Sylvia; no me extraña que se suban a las sillas para mirarte. No me extraña que Romola Cheyne se ponga nerviosa. En serio, nadie diría que tu Margaret tenga ya dieciocho años.

—Ni que tu Sebastian tenga diecinueve, Lucy.

Eran amigas íntimas; desde su juventud estaban al tanto de los hechos incontrovertibles de la vida de cada una, de sus fechas y de las correspondientes habladerías. Lucy se dejó caer en el sofá.

—¡Ay, estas reuniones! Sylvia, hija, qué agradable es poder robar un ratito para estar contigo. Verdaderamente, Octavia Hull se está poniendo insoportable; ¿has visto cómo babeaba el té? Está para que la recluyan. Diecinueve años, Sebastian..., sí. Es absurdo. Pensar que tú podrías ser su madre.

«O su suegra», pensó lady Roehampton; más de una vez se le había ocurrido esa idea. Pero no la formuló en voz alta; ni la observación suplementaria: «O su amante», que por primera vez se le había pasado por la cabeza aquel mismo día. En lugar de eso, dijo:

—Hablando de Romola Cheyne, ¿no la tuviste aquí la semana pasada?

Por el tono supo Lucy que era inminente una revelación; y le bastó ver que lady Roehampton levantaba el bloc de papel secante para comprender al momento de qué se trataba.

—¡Qué barbaridad! —clamó Lucy, con verdadera indignación—. ¿Cuántas veces le habré dicho al camarero que cambie el papel secante para que no llegara a ocurrir esto? Mañana mismo le despido. Bueno, ¿y de qué se trata? No me digas que no es espeluznante pensar en qué manos pueden caer las cartas que escribes. Me figuro que sería una carta a... —y aquí pronunció un nombre tan augusto que, por deferencia al respeto y lealtad del impresor, debe quedar incógnito.

—No —dijo lady Roehampton—; ahí está la gracia. Es a otra persona. ¡Mira!

Lucy fue a reunirse con ella junto al espejo, y juntas leyeron las palabras indiscretas de Romola Cheyne.

—¡Vaya! —dijo Lucy—. Siempre lo había sospechado, pero está bien tener la seguridad. Lo que no entiendo es que una mujer como Romola haya podido dejar una carta así

en el papel secante. ¿No te parece increíble? Sabe perfectamente que esta casa está siempre llena de amigos suyos —dijo Lucy, con ironía inconsciente—. ¿Y qué hacemos con ella? ¡Los hay imprudentes!

Las dos amigas no cabían en sí de gozo. Los pequeños incidentes como aquél eran la chispa de la vida.

Lady Roehampton arrancó cuidadosamente la hoja delatora.

—No tenemos fuego —dijo riendo—; de momento la guardaré bajo llave en el escritorio. Mañana encontraré alguna manera segura de destruirla.

También Lucy se echó a reír, y asintió; bien sabía que lady Roehampton no tenía la menor intención de destruir la carta. Quizá no llegase nunca a utilizarla; quizá le fuera un día de alguna utilidad.

—Pero entretanto, ¿estará a salvo? —preguntó Lucy—. ¿Seguro que tu doncella no tiene llave del escritorio? Los criados no tienen escrúpulos, no se puede confiar en ellos para nada. Por mucho tiempo que lleven contigo, aunque les mires como viejos amigos, nunca sabes cuándo se van a torcer. ¿No sería mejor que me la dieras a mí?

Lucy no esperaba respuesta a esto, ni lady Roehampton se la dio, fiel a su manera habitual de comportarse. Era corriente en ella dejar un tema de pronto; era una estrategia que le venía bien a menudo, y, teniendo como tenía todo el aplomo de una mujer hermosa, siempre podía imponer sus deseos a sus interlocutores. Ahora, pues, podía abandonar el tema de la carta para volver a Sebastian, que había encendido su interés.

—Ese hijo tuyo tan oscuramente romántico, Lucy..., cuéntame algo de él. ¿Cuándo acabará en Oxford? ¿Va a ingresar en la Guardia Real?

Lucy siempre estaba dispuesta a hablar de Sebastian; ade-

más, lady Roehampton no tenía hijos varones; no tenía más que una hija, de la que sentía celos, según se decía.

—¡Oscuramente romántico mi hijo, Sylvia! Qué absurda eres. No es más que un estudiante desaliñado, un potro, como yo le digo; espero que no se le suba a la cabeza si las mujeres como tú hacen demasiado caso de él. Es buen chico, eso sí, aunque tiene sus rachas de mal humor.

—Pero en eso consiste su encanto, querida mía: Sebastian enfurruñado es irresistible. Prométeme que no le vas a echar a perder convenciéndole de que tiene que aparentar buen carácter.

—¡Qué malvada eres, Sylvia! Yo creo que de verdad te gusta que la gente sea desagradable, para así poderles cambiar. Te gustaría tener a Sebastian dándote bufidos durante media hora si al cabo de cuarenta minutos estuvieras segura de tenerle a tus pies.

—No digas tonterías, Lucy; le he visto nacer. Pero tú misma te darás cuenta de que va a tener mucho gancho para las mujeres. Esa forma que tiene de estar, despreocupada y a la vez encantadora... Yo creo que ni sabe cómo me llamo.

—Mi querida Sylvia, eres una de sus personas predilectas; cuando le digo que vas a venir, me dice: «Menos mal».

—Eso significa —dijo lady Roehampton, halagada de que el pez hubiera mordido el anzuelo— que la mayoría de nuestras amistades le aburren.

—Peor que eso, Sylvia —dijo Lucy, dándose a ventilar sus quejas—; a veces pienso que realmente las detesta. Dice unas cosas muy sarcásticas, impropias de un muchacho. Cosas hirientes, que para mí son muy molestas. Otras veces parece que se divierte. Yo no le entiendo.

—La adolescencia —dijo Sylvia, exhalando una larga hebra de humo; porque, aunque nunca fumaba en público,

en la intimidad de su alcoba podía darse el gusto de encender un cigarrillo.

—¡Si yo pudiera creer que es eso! —suspiró Lucy—. ¡Si pudiera estar segura de que se le va a pasar! Es una gran responsabilidad, Sylvia.

—Siempre puedes volver a casarte, Lucy —dijo lady Roehampton, mirando a su amiga.

—Sí —dijo Lucy, inmediatamente en guardia—; puedo, pero a fin de cuentas prefiero pechar yo sola con mis problemas. No me faltan ánimos para administrar Chevron para Sebastian hasta que se case. Bueno, Sylvia, hay que vestirse.

—¿La cena a las ocho y media?

—La cena a las ocho y media. ¿Qué te vas a poner? ¿El vestido de tafetán azul Nattier? Siempre pienso que te sienta como ninguno. No tengas prisa, cariño. Yo seguro que llego tarde.

La mitad de Sebastian detestaba a los amigos de su madre; la otra mitad se dejaba atraer por su brillo. Tan pronto quería galopar solo hasta el fin del mundo como rendirse por entero al encanto halagador de las mujeres hermosas. Unas veces deseaba ver a todos sus conocidos arrojados a una hoguera, tal era la reprobación que le inspiraban; otras veces le parecía que habían resuelto el problema de la civilización mejor que los griegos y los romanos. «Ya que la verdad no la podemos tener», exclamó poniéndose la camisa de etiqueta, «tengamos al menos buenos modales». La idea no era suya; su padre se la había metido en la cabeza, años atrás, antes de morir. Pero esto nos lleva a la tribulación secreta de Sebastian: no era capaz de decidirse sobre ninguna cuestión, y eso era molestísimo. Aparentemente no

tenía opiniones: no tenía más que estados de ánimo, a cuya intensidad arrolladora sólo igualaba la velocidad con que se sucedían. No se acostumbraba a su impermanencia; cualquiera que fuera su condición mental del momento, al instante creía ver en ella una visión asentada de la vida. Súbitamente alarmado cuando ese estado le abandonaba, en seguida pasaba a otro, con olvidadizo optimismo. Entre medias, cuando no le poseía ningún estado concreto, le preocupaba la inestabilidad de su carácter. Hay algo en mí que no marcha, pensaba. Se comparaba con las personas que conocía: ¡qué tranquilas eran, qué firmes, qué seguras de sí! ¡Con qué resolución inquebrantable parecían haber seguido el camino escogido desde el principio hasta el final! No, hasta el final todavía no. La mayoría de la gente que conocía en casa era de mediana edad; había algunos ancianos, naturalmente; la vieja duquesa de Hull, por ejemplo, que iba camino de la tumba, aunque siguiera siendo indomable; pero era evidente que, igual que habían empezado, así pensaban acabar. El mundo sería para ellos en sus postrimerías lo mismo que había sido en sus inicios. Habían sabido lo que querían; se habían mantenido en sus opiniones. Habían elegido. ¡Qué envidia! Habían tenido un esquema fijo de valores. ¡Qué descanso! Pero la elección, se preguntó, ¿había sido tan buena? Esos valores, ¿eran tan valiosos? Su estado de ánimo experimentó una revulsión violenta. De pronto quiso volver a estar subido al tejado, esta vez bajo las estrellas. Enfurruñado y crítico, encerró en el dormitorio a sus decepcionados *spaniels* y bajó a satisfacer la llamada de su madre.

Tras separarse de lady Roehampton, Lucy se dirigió a su habitación. En la mansión reinaba el silencio; todos los

invitados estaban bien encerrados en sus cuartos hasta la hora de la cena; no había nadie a la vista, salvo una doncella sacudiendo los almohadones o un lacayo vaciando la papelera. Las ventanas de los pasillos estaban abiertas, porque era una tarde cálida de julio, y el arrullo de las palomas en las almenas hacía rumoroso el silencio, como si la propia piedra gris de los muros hubiera cobrado voz. Lucy atravesó deprisa las estancias vacías. Detestaba la soledad, aunque sólo fuera por media hora; la costumbre de estar siempre en compañía —aunque no siempre fuera estar acompañada— la había incapacitado para tratar consigo misma, y ahora flaqueaba su ánimo y se sentía abandonada. Debería asomarse al cuarto de estudio, pensó, y darle las buenas noches a Viola, que estaría, en bata y con coletas, tomando su cena; pero esa idea, apenas alumbrada, la llenó de tedio. Sería mejor llamar a Sebastian, su predilecto. En su habitación encontró a Button, la doncella, extendiendo su vestido. «Button, envía a decir al señor duque», dijo, «que quiero que venga un momento».

Ay, qué cansancio de vida, pensó al sentarse delante del tocador; y entonces recordó cómo la había mirado Leonard Anquetil cuando después del té le enseñó el jardín, y recobró un poco las ganas de vivir. Sentada, con los ojos bajos y una sonrisa descendente, dejó vagar sus pensamientos en torno a Leonard Anquetil mientras sus dedos jugueteaban con las joyas extendidas sobre el tocador. Recientemente había hecho reformar en Cartier las joyas de la familia, prefiriendo la moda del día a los pesados engarces de oro de la época victoriana. El tablero del tocador era de espejo, de tal modo que las joyas aparecían duplicadas; esta noche rubés, pensó distraídamente, cogiendo un broche y volviéndolo a dejar; la noche anterior se había puesto las esmeraldas, y su depresión retornó al pensar que algún día tendría

que pasarle las alhajas a la mujer de Sebastian. No tenía ganas de ser ni duquesa madre ni abuela; no tenía ganas de renunciar a su posición de señora de Chevron. El lujo y el esplendor de aquella casa le eran muy gratos. A lo mejor acababa casándose con sir Adam, antes de que Sebastian y su esposa la pudieran echar; casarse con un judío sería bajar de nivel, y carnalmente sir Adam no era apetecible, pero sus millones eran fabulosos, y ella le podría hacer comprar otra mansión tan imponente como Chevron. No tan bonita, quizá, pero igual de imponente. Sus manos vagaron sobre los rubies; sí, y también le compraría joyas para ella; que fueran suyas; nada de herencias de familia. Además, sir Adam hacía lo que quería con el rey. Si no estuviese físicamente enamorado de ella, se podría plantear en serio esa posibilidad.

Entró Sebastian, y Lucy recuperó la animación.

—Dame una bata, Button. Ya puedes empezar a peinar-me. Sebastian, dame el plan de la cena. Está ahí sobre la mesa. No, bobo. Button, dáselo a su señoría. Ahora, Sebastian, vete leyéndomelo mientras me peinan. ¿Ah, sí?, ¿me va a acompañar George Roehampton? ¿Tiene que ser él? Es aburridísimo ese hombre. Y sir Adam al otro lado. No me des esos tirones, Button; desde luego, no he visto mujer más torpe; ya me has dejado con dolor de cabeza para toda la noche. Haz el favor de tener más cuidado. Bueno, pues ya veo que no me voy a divertir mucho: sir Adam y George Roehampton. Pero, en fin, es inevitable. O no, déjame ver. Esta Wace es tan necia que lo mismo se ha hecho un lío. Ven acá y sostén el plan para que yo lo vea, Sebastian. ¡Button, me has vuelto a tirar! ¿Cuántas veces te tengo que decir que tengas cuidado? Una más y te doy la cuenta, no te quepa duda. Inclínalo, Sebastian; así no lo veo.